

diendo creerse que se vive en la Normandía, exceptuando las montañas. Turin es una ciudad nueva, aseada, de regular construcción, y muy adornada de palacios, pero su aspecto es algo triste.

Mis juicios se han rectificado al atravesar la Lombardia, pero esta impresión no se produce en el ánimo del viajero sino después de algún tiempo. Desde luego se descubre un país rico en su conjunto, pero la admiración no se despierta sino al observar detalladamente los objetos. Unas praderas cuyo verdor excede á la frescura y delicado tejido de los céspedes ingleses, se confunden con dilatados campos de maíz, arroz y trigo, sombreados por viñas que pasan de una estaca á otra, formando sobre las doradas mieses gracias guirnaldas; el conjunto es una vasta plantación de moreras, nogales, olmos, sauces, y álamos, regada por numerosos canales y arroyos. Los campesinos y las campesinas, dispersos aquí y acullá, desnudo el pie y cubierta la cabeza con un gran sombrero de paja, siegan los prados, y los cereales, cantan, conducen yuntas de bueyes, ó hacen subir y bajar sus barcas á lo largo de los ríos. Esta escena abraza una extensión de cuarenta leguas, aumentando en riqueza hasta Milan, centro de tan soberbio cuadro. El Apenino descuelga á la derecha, y los Alpes á la izquierda.

Los medios de transporte son muy rápidos; y las posadas, mas cómodas que las de Francia, lo son casi tanto como las de Inglaterra. Empiezo á creer que la Francia, tan culta, es no obstante, algo bárbara (1).

No me admira ya el desprecio con que los italianos miran aun á los pueblos transalpinos, como los visigodos, galos, germanos, escandinavos, eslavos y anglo-normandos, pues es indudable que deben causarles horror nuestro cielo de plomo, nuestras ahumadas aldeas y nuestras ciudades cubiertas de lodo. Muy otro es aquí el aspecto de las ciudades y aldeas: las casas son espaciosas, y sus fachadas, de blancura deslumbradora; las calles son anchas, y es muy comun que las atraviesen arroyos, en cuyas aguas lavan las mujeres la ropa blanca ó bañan á sus hijos. Turin y Milan presentan la regularidad, la limpieza y las aceras de Londres, y la arquitectura de sus edificios compite con la de los barrios mas hermosos de París; tienen además comodidades particulares, pues en el centro de las calles hay dos filas de piedras muy lisas para que el movimiento de los coches sea mas suave, y por este medio se evitan las desigualdades del piso.

La temperatura es deliciosa; y aun así, me dicen que no hallaré el verdadero cielo de Italia hasta mas allá de los Apeninos; la capacidad y el desahogo de los aposentos neutralizan los efectos del calor.

He visto al general Murat, quien me ha recibido con la mayor afabilidad y cortesía, y le entregué la carta de la bondadosa madama Bacchiocchi (1). He pasado el día entre edecanes y militares; no es posible hallar mas finura; el ejército francés es siempre el mismo: su divisa es el honor.

He comido de riguroso uniforme en casa de Mr. Melzi, pues se celebraba el bautismo del hijo del general Murat. Mr. Melzi conocia á mi desgraciado hermano, de quien hemos hablado largo rato. El vice-presidente, hombre de modales muy nobles, y cuya casa se parece á la de un príncipe de sangre real, me ha tratado con cortesía y frialdad, habiéndole yo correspondido en iguales términos.

No te hablo de los monumentos de Milan, y especialmente de la catedral á que se está dando fin; mas, yo creo que el género gótico, aunque sea de mármol, está en contradicción con el cielo y las costumbres de Italia. Voy á partir: ya te escribiré desde Florencia y Roma.

(1) No se olvide que esta carta se escribió en 1865.

(1) Esta señora, en adelante princesa de Luca, era hermana mayor de Bonaparte, á la sazón primer cónsul.

A MR. JOUBERT.

CARTA TERCERA (1).

Roma, 27 de junio de 1805.

¡Al fin he llegado! Toda mi frialdad se ha desvanecido, y me siento abrumado, perseguido por lo que he visto; he visto, á mi parecer, lo que nadie, lo que ningún viajero ha pintado; ¡necios! ¡almas de hielo! ¡bárbaros! ¡No han atravesado, antes de llegar aquí, la Toscana, jardín inglés, en cuyo centro hay un templo, es decir, Florencia? ¡No han pasado en caravana con las águilas y jabalies, las soledades de esta segunda Italia, llamada el *Estado Romano*? ¡Por qué viajan esas gentes? Habiendo llegado á la hora del ocaso, he hallado á toda la población que salia á pasear á la Arabia Desierta, á la puerta de Roma; ¡qué ciudad! ¡qué recuerdos!

28 de junio.

He recorrido, todo hoy, víspera de San Pedro. He visto ya el Coliseo, el Panteon, la columna Trajana, el castillo de San Angelo, San Pedro y... ¿qué se yo? He visto la iluminación y los fuegos artificiales, que anuncian la gran ceremonia con que se celebrará mañana la fiesta del príncipe de los Apóstoles; pero mientras se intentaba hacerme admirar los fuegos que brillaban en la cúpula del Vaticano, mi vista se detenía en el mágico efecto de la luna sobre el Tiber, sobre estas casas romanas, y sobre estas ruinas suspendidas por todas partes.

29 de junio.

Salgo de los Oficios divinos, celebrados en San Pedro: el papa tiene un semblante pálido, triste y religioso, en que parece se pintan todas las tribulaciones de la Iglesia. La solemnidad ha sido soberbia, y especialmente durante algunos momentos, magnífica; pero la orquesta ha sido mediana, y el templo estaba desierto.

3 de julio de 1805.

Ignoro si estas líneas terminarán en una carta. Me avergonzaria, mi querido amigo, de ser tan escaso de noticias, sino me propusiese ver los objetos con mas detenimiento, antes de pintarlos. Por desgracia, entreveo ya que la segunda Roma cae á su vez: ¡todo pasa y muere!

Su Santidad me recibió ayer, y me hizo sentar á su lado con la mayor cordialidad. Hízome luego ver que leia el *Genio del Cristianismo*, y en efecto tenia uno de sus tomos abiertos sobre la mesa. No puede hallarse un hombre mas bondadoso, un prelado mas digno, un príncipe mas modesto: no me tomes por madama de Sevigné. El secretario de Estado, cardenal Gonsalvi, es un hombre dotado de penetración y de carácter templado. Adios; es preciso enviar al correo estos diminutos papeles.

TIVOLI Y LA QUINTA ADRIANA.

10 de diciembre de 1805.

Soy quizá el primer extranjero que ha recorrido el Tivoli en una disposición de alma, no pintada en viaje alguno. Hoy he llegado solo á las siete de la noche á la posada del *Templo de la Sibila*, y ocupo en ella un reducido aposento, en frente de la cascada, que escuché mugir; pero aunque he intentado verla, solo he

(1) Las cartas escritas en Florencia se han perdido.

descubierto en la profundidad de las tinieblas unas luces blancas, producidas por el movimiento de las aguas. Me ha parecido vislumbrar á lo lejos un recinto formado de árboles y casas, y en derredor un círculo de montañas. No sé qué mudanzas introducirá la luz del sol en este paisaje nocturno.

Este lugar es á propósito para entregarse á reflexiones y á ideas fantásticas: recuerdo mi vida pasada, siento el peso del presente, y procuro penetrar mi porvenir. ¿Dónde me hallaré, qué haré, qué seré dentro de veinte años? Siempre que el hombre se reconcentra en sí mismo, siempre que sondea todos los vagos proyectos que forma, tropieza en un obstáculo invencible, y en una incertidumbre producida por una certidumbre; este obstáculo y esta certidumbre son la muerte, esa terrible muerte que detiene y destruye todo.

¿Habeis perdido un amigo? En vano tendreis mil cosas que decirle: sin fortuna, aislados errantes, sobre la tierra, y no pudiendo confiar á nadie vuestros dolores y placeres, llamareis á vuestro amigo, que no acudirá ya á consolar vuestros males, ni á tomar parte en vuestras alegrías; ya no os dirá: «Has obrado desafortunadamente,» ó «has tenido razon en obrar así.» Ahora es forzoso ya marchar solo. Si llegais á ser ricos, poderosos y célebres, ¿qué hareis de esas prosperidades sin vuestro amigo? ¿La muerte ha destruido todo! Torrentes que os despeñais turbulentos en la caliginosa noche en que os escucho rebramar, ¿acaso despareceis mas rápidos que los dias del hombre, ó podéis decirme qué es el hombre, vosotros que habeis visto pasar y abismarse en estos lugares tantas generaciones, no menos estrepitosas que vuestras aguas?

11 de diciembre.

No bien ha despuntado el día, he abierto mis ventanas. Mi primera vista de Tivoli en las sombras, era bastante exacta, pero la cascada me ha parecido pequeña, y los árboles con que mi fantasía la habia engalanado, no existen. Un miserable grupo de casas se deja ver al opuesto lado del río, y el conjunto está rodeado de montañas descarnadas; pero me consolé al ver la vivísima luz de la aurora que rayaba á espaldas de las montañas, y el templo de Vesta que á muy escasa distancia de mí, dominaba la gruta de Neptuno. Algunos bueyes, asnos y caballos se colocaron en la parte superior de la cascada á lo largo de un banco de arena, y habiéndose acercado al Teverone, bajaron sus cuellos y bebieron lentamente en las aguas, que pasaban á su vista cual un relámpago, para precipitarse en el espumoso fondo. Un pastor sabino, vestido con una piel de cabra, y con una especie de clámide arrollada en el brazo izquierdo, se apoyó en su cayado para mirar beber á su rebaño: esta escena formaba un agradable contraste, por su inmovilidad y silencio, con el movimiento y el estruendo de las aguas.

Terminado mi desayuno, me trajeron un guia, con el que fui á situarme en el puente de la cascada; pero como habia visto la catarata de Niagara, no me causó admiración. Desde el puente bajamos á la gruta de Neptuno, así denominada, á mi parecer, por Verneet. El Anio, después de su primera caída debajo del puente, se pierde entre los peñascos, y vuelve á mostrarse en la citada gruta, para despeñarse otra vez en la de las Sirenas.

El fondo de la gruta de Neptuno tiene la figura de una copa, á la cual acuden las palomas á satisfacer su sed. Un palomar practicado en la roca, y mas parecido al nido de un águila que al abrigo de ave tan tímida, ofrece á las pobres palomas mi asilo falaz, pues se juzgan seguras en aquel lugar, inaccesible en apariencia, y en él constituyen sus nidos; pero un camino oculto conduce á él, y á favor de las tinieblas un desapiadado raptor arrebató los pichones que sin temor

dormian al estruendo de las aguas, bajo las alas maternas: *Observans nido, implumes detraxit.*

Subiendo á Tivoli desde la gruta de Neptuno, y saliendo por la puerta Angelo ó del Abruzo, mi cicerone me condujo al país de los sabinos, *pubemque sabellum*. Siguiendo la corriente del Anio, llegué á un olivar donde se abre una vista pintoresca en una célebre soledad. Allí se descubren á la vez el templo de Vesta, las grutas de Neptuno y las Sirenas, y las pequeñas cascadas que salen de uno de los pórticos de la quinta de Mecenas; y el azulado vapor que se extiende por todo el paisaje, atenua la rudeza de sus contornos.

Gran idea es preciso formarse de la arquitectura romana, cuando se recapacita que aquellas moles construidas há tantos siglos, han pasado del servicio de los hombres al de los elementos, y cuando se ve que sostienen en la actualidad el peso y el movimiento de las aguas, habiéndose convertido en incontrastables peñascos sobre que ruedan aquellas tumultuosas cascadas.

Mi paseo duró seis horas; al volver á mi posada entré en un patio ruinoso, en cuyas paredes vi algunas lápidas sepulcrales, atestadas de inscripciones maltratadas, de las que copié las siguientes:

DIS. MAN.
ULLÆ PAULIN.
VIXIT ANN. X
MENSIBUS DIE. 3

SEI. DEUS.
SEI. DEA.

D. M.
VICTORIÆ.
FILIE QUÆ
VIXIT. AN. XV
PEREGRINA
MATER. B. M. F.

D. M.
LICINIA
ASELERIO
TENIS.

¿Puede haber algo mas vano que todo esto? Leo en una piedra los recuerdos que un vivo consagraba á un difunto; el vivo dejó á su vez de existir, y después de dos mil años, yo, bárbaro de las Galias, vengo á visitar las ruinas de Roma, y á estudiar estos epitafios en un retiro abandonado; ¡yo, tan indiferente al que lloró como al que fue llorado; yo, que mañana me alejaré para siempre de estos lugares, y que despareceré en breve de la tierra!

Todos los poetas de Roma que pasaron á Tibur se complacieron en pintar la celeridad de nuestra existencia: *Carpe diem!* decia Horacio; *Te spectem, suprema mihi cum venerit hora!* exclamaba Tibulo; Virgilio pintaba esta hora suprema, diciendo: *Invalidasque tibi tendens, heu! non tua, palmas.* ¿Quién no ha perdido algun objeto de su cariño? ¿Quién no ha visto dirigirse unas manos inutilizadas por la proximidad de la muerte? ¿Cuántas veces un amigo moribundo intentó que su amigo le estrechase la mano, para detenerle en la vida, mientras se sentia arrastrado por la muerte! *Heu! non tua!* Este verso del vate de Mantua es admirable por la ternura y el dolor que respira. Desgraciado aquel que no ama los poetas! Yo diria de ellos casi lo mismo que dice Shakespeare de los hombres insensibles á la armonía.

Al volver á mi casa, cuya azotea conduce al templo de Vesta, hallé la misma soledad que habia dejado en aquellas cercanías. Los pintores conocen ese color de los siglos, peculiar de los monumentos antiguos, y que varia segun los climas: tal es el color de ese templo,

cuya área es de sesenta pasos. El verdadero templo de la Sibila forma notable contraste con este por la forma cuadrada y el estilo severo de su arquitectura. Cuando la cascada del Anio estaba situada á la derecha de este río, como se supone, el templo debía hallarse suspendido sobre el declive de aquella; aquel lugar era muy propio para la inspiración de la sacerdotisa y la emoción religiosa de la multitud.

He dirigido mi última mirada á las montañas del Norte, cubiertas de un blanco velo por las nieblas vespertinas, al valle del Mediodía, y al conjunto del paisaje, y he vuelto á mi solitario aposento. A la una de la madrugada el viento soplabá con violencia, y habiéndome levantado, pasé el resto de la noche en la azotea. El cielo estaba encapotado, y la tempestad mezclaba sus sordos gemidos en las columnas del templo con el ronco estruendo de la cascada: parecíame oír melancólicas voces en los respiraderos del antro de la Sibila. Los vapores de la cascada subían hasta mí desde el fondo del abismo como una sombra blanca, semejante á una aparición. Creíame trasladado á las playas ó á las malezas de mi querida Armórica, en una noche de otoño: los recuerdos del techo paterno borraban para mí la memoria de los hogares de César, pues cada hombre lleva dentro de sí un mundo compuesto de todo lo que ha visto y amado, y en el que entra á cada paso, en los momentos mismos en que recorre y parece habitar un mundo extranjero.

Dentro de algunas horas visitaré la quinta Adriana.

12 de diciembre.

La entrada principal de la quinta Adriana estaba en el Hipódromo, en la antigua via Tiburtina, á muy corta distancia del sepulcro de Plauto. Ningun vestigio de antigüedad queda en el Hipódromo, hoy transformado en viñedos.

Al salir de un atajo muy estrecho, una alameda de cipreses, cortados por las copas, me ha conducido á una miserable quinta, cuya ruinoso escalera estaba obstruida por trozos de pórfido, de granito, de rosetones de mármol blanco y de diferentes adornos arquitectónicos. A espaldas de esta quinta, se ve el teatro romano, en regular estado de conservación: es un semicírculo de tres órdenes, y cerrado por una pared recta que le sirve como de diámetro; la orquesta y el escenario estaban en frente del palco imperial.

El hijo de la arrendataria, casi desnudo y como de doce años de edad, me enseñó este palco y los cuartos destinados á los actores. Debajo de las localidades que ocupaban los espectadores, y en un lugar donde se guardan los aperos de la labranza, ví el tronco de un Hércules de colosales dimensiones, en medio de los hielos y rastrillos: los imperios nacen del arado, y bajo él desaparecen.

El interior del teatro sirve de patio y de jardín á la quinta, pues está plantado de ciruelos y perales. El pozo que ocupa su centro tiene dos pilares que sostienen los cubos; uno de ellos es de barro seco y de piedras agrupadas al acaso, y el otro es un hermoso trozo de columna estriada; pero la naturaleza, deseando sin duda ocultar la magnificencia de este pilar, y ponerlo en armonía con la rusticidad del primero, hále cubierto con un manto de yedra. Una piara de cerdos hozaba y destruía el musgo que cubre las graderías del teatro, pues la Providencia solo había necesitado hacer brotar algunas raíces de hinojo entre las juntas de aquellos asientos, y entregar el antiguo emporio de la elegancia romana á los inmundos animales del fiel Eumeo, para destruir los soberbios asientos de los señores de la tierra.

Subiendo desde el teatro por la escalera de la quinta, llegué á la *Paestrina*, cubierta de escombros; la bóveda de una de sus salas conserva adornos de esquisito dibujo.

Allí empieza el valle denominado por Adriano el *Valle de Tempé*.

Est nemus Æmonia, prerrupta quod undique claudit Sylva.

En Stowe (Inglaterra), he visto la copia de este capricho imperial, pero Adriano había trazado su jardín inglés, como dueño que era del mundo.

A la extremidad de un bosquecillo de olmos y encinas, descúbrense unas ruinas que se dilatan á lo largo del *Valle de Tempé*; dobles y triples pórticos que servían para sostener las azoteas de las fábricas de Adriano. El valle se extiende hácia el Mediodía hasta perderse de vista, y está plantado de cañas, olivos y cipreses. La colina occidental del valle, parecida á la cadena del Olimpo, está adornada con la mole del Palacio, de la Biblioteca, de los Hospicios, de los templos de Hércules y de Júpiter, y con las largas arcadas con festones de yedra, que sustentaban estos edificios. Una colina paralela, aunque de menor altura, rodea el valle hácia el Oriente, y á su espalda descuellan en anfiteatro las montañas de Tivoli, destinadas á representar el *Osa*.

Un ángulo de la quinta de Bruto, se enlaza con las ruinas de la quinta de César, en medio de un olivar. Allí la libertad duerme en paz con el despotismo: el puñal de aquella y el hacha de este no son ya sino unos hierros destruidos por el orin, y sepultados debajo de los mismos escombros.

Desde el inmenso edificio que, según la tradición, estaba consagrado á recibir los extranjeros, se llega, atravesando unas salas destruidas por todas partes, al local de la Biblioteca. Aquí empieza un laberinto de ruinas entrecortadas por bosquecillos de pinos, por olivares y diferentes plantaciones, que si halagan la vista, entristecen el corazón.

Un trozo, súbitamente desprendido de la bóveda de la Biblioteca, ha rodado á mis piés, destruyéndome y arrastrando en su caída algunas plantas. Estas retoñarán mañana; pero si el ruido y el polvo han desaparecido al momento, la nueva ruina permanecerá muchos siglos al lado de las que parecían esperarla. Así se abisman los imperios en la eternidad, donde yacen en silencio. Los hombres se asemejan á esas ruinas que de tiempo en tiempo vienen á cubrir la tierra: toda la diferencia se reduce (y esto ocurre también respecto de las ruinas), á que unos se precipitan en presencia de algunas personas, mientras otros caen sin testigos.

Desde la Biblioteca pasé al circo del Liceo, donde se habían cortado algunas malezas para encender fuego; este circo se apoya en el templo de los Estóicos. En el pasadizo que conduce á este, descubrí las altas y abigarradas paredes de la Biblioteca, que dominaban las del Circo. Sobre aquellas paredes, medio ocultas entre las copas de los olivos silvestres, descollaba un corpulento pino aparasolado, sobre el cual se levantaba el último pico del monte Calva, que servía de asiento á una nube. Nunca el cielo y la tierra, las obras de la naturaleza y las de los hombres, se han enlazado mejor en cuadro alguno.

El templo de los Estóicos dista un poco de la plaza de Armas, y por la abertura de uno de sus pórticos se descubre como en un aparato óptico, al fin de una alameda de olivos y cipreses, la montaña Palomba, coronada con la primera aldea de la Sabina. A la izquierda y al pié del Pecilo, se baja á las *Cento-Celle* de los guardias pretorianos: están formadas de unos aposentos abovedados, como de unos ocho piés cuadrados, de dos, tres y cuatro pisos, sin comunicación alguna entre sí, y reciben la luz por la puerta. Un foso rodea estas habitaciones militares, en que es probable se entrase por un puente levadizo. Cuando los cien puentes estaban bajos y los pretorianos los pasaban una y otra vez, esto debía presentar un extraño espectá-

culo en medio de los jardines del emperador filósofo que colocó un nuevo dios en el Olimpo. El labrador del patrimonio de San Pedro expone hoy al sol sus mieses en el cuartel del legionario romano! Cuando el pueblo-rey y sus señores levantaban tan fastuosos monumentos, muy lejos estaban de imaginar que construirían las bodegas y graneros de un cabrero sabino y de un colono de Albano.

Después de recorrer parte de las *Cento-Celle*, invertí bastante tiempo en volver á la parte del jardín dependiente de las Termas de las mujeres, donde me sorprendió la lluvia.

Muchas veces me he dirigido dos preguntas, en medio de las ruinas romanas: las casas particulares estaban compuestas de multitud de pórticos, de aposentos abovedados, de capillas, de salas, de galerías subterráneas y de pasadizos oscuros y secretos: ¿de qué podían servir tantas habitaciones á un solo dueño? Las de los esclavos, huéspedes y clientes, estaban casi siempre construidas aparte.

Para resolver esta pregunta, me figuro al ciudadano romano en su casa como una especie de religioso que se había construido un claustro. Esta vida interior, indicada por la mera forma de las habitaciones, ¿no será una de las causas de esa calma que se advierte en los escritos de los antiguos? Cicerón hallaba en las largas galerías de sus domicilios y en sus templos domésticos, la paz que había perdido en el comercio de los hombres. Hasta la luz que en aquellas habitaciones penetraba, parecía mensajera de reposo, pues bajaba casi siempre de la bóveda ó de ventanas muy altas; esta luz perpendicular, tan igual y tranquila, con que iluminamos actualmente nuestros salones de pintura, servía al romano para contemplar, digámoslo así, el cuadro de su vida. Nosotros necesitamos ventanas que den á las calles, á las plazas y á los mercados. Todo lo que se agita y produce ruido nos complace, y el recogimiento, la gravedad y el silencio nos hastian.

La segunda pregunta que me dirijo es la siguiente: ¿Para qué tantos monumentos destinados á unos mismos usos? pues abundan las salas para bibliotecas, siendo así que los antiguos tenían pocos libros; abundan asimismo las termas, pues las hay de Neron, de Tito, de Caracalla, de Diocleciano, etc. Aun cuando Roma hubiese tenido triple población de la que llegó á contar, la décima parte de estos baños hubiera bastado para hacer frente á las necesidades públicas.

A esto me respondo que es probable que semejantes monumentos fuesen desde su creación verdaderas ruinas y lugares abandonados, pues un emperador demolió ó despojaba las obras de su antecesor, para emprender por su cuenta otros edificios, que su sucesor se apresuraba á abandonar. Así se emplearon la sangre y los sudores del pueblo en los inútiles trabajos de la vanidad de un hombre, hasta el día terrible en que los vengadores del mundo, saliendo de sus bosques, enarbolaron el estandarte de la cruz sobre aquellos monumentos del orgullo.

Habiendo cesado la lluvia, visité el Estadio, adquirí noticias del templo de Diana, en frente del cual se elevaba el de Venus, y penetré en los escombros del Palacio del Emperador. Lo que mejor se conserva en aquella informe destrucción, es una especie de subterráneo ó cisterna de planta cuadrada, bajo la misma torre del palacio, y cuyas paredes eran dobles; cada una tiene dos piés y medio de espesor, y el espacio que las separa es de dos pulgadas.

Al salir del palacio, lo dejé á la izquierda y á mi espalda, adelantándome sobre la derecha hácia la campaña romana. Al través de un campo de trigo, sembrado sobre unas cuevas, me acerqué á las termas conocidas aun con el nombre de *Aposentos de los filósofos*, ó de *Salas pretorianas*, pues son unas de las ruinas mas imponentes de toda la quinta. La her-

mosura, la elevación, el atrevimiento y la ligereza de las bóvedas; los diferentes enlaces de los pórticos que se cruzan, se cortan ó se siguen paralelamente, y el paisaje que se extiende á espaldas de este grandioso monumento, producen un efecto sorprendente. La quinta *Adriana* ha suministrado algunos restos preciosos de pintura. Los pocos arabescos que en ella he visto revelan gran sabiduría de composición, y un dibujo tan delicado como correcto.

La Naumaquia se muestra á espaldas de las Termas, y es una laguna artificial, en la que los enormes tubos que aun se conservan, hacían desaguar los ríos. Esta laguna, seca en la actualidad, servía para los simulacros de combates navales; nadie ignora que en estas fiestas se degollaban algunas veces uno ó dos mil hombres, para divertir al populacho romano.

En derredor de la Naumaquia se elevaban unos vastos terraplenes destinados á los espectadores, y se apoyaban sobre unos pórticos que servían de almacenes ó de abrigo á sus galerías.

Un templo de construcción igual á la del de Serapis en Egipto, servía de agradable decoración á esta escena; la mitad de su gran cúpula ha venido á tierra. A la vista de aquellos sombríos pilares, de aquellas bóvedas concéntricas, y de aquella especie de embudos donde mugía el oráculo, se advierte que no se habita ya la Italia y la Grecia, y que el genio de otro pueblo ha presidido á aquel monumento. Un antiguo santuario presenta en sus verdosas y húmedas paredes algunos indicios de pintura: cierto indefinible lamentó parecía vagar en torno de aquel abandonado asilo.

Desde allí me trasladé al templo de Pluton y Proserpina, llamado vulgarmente la *Entrada del Infierno*. Este templo es actualmente el albergue de un viñador, pero no pude entrar en él, porque su dueño se había alejado, á semejanza del dios.

Mas abajo de la Entrada del Infierno extiendese un valle llamado el *Valle del Palacio*, y pudiera tomarse por el Eliseo. Adelantando hácia el Mediodía, y siguiendo una pared que sostenía las azoteas contiguas al templo de Pluton, descubrí las últimas ruinas de la quinta, situadas á una legua de distancia.

Desandando lo andado, quise ver la Academia, formada de un jardín, de un templo de Apolo y de diferentes departamentos destinados á los filósofos. Un paisano me abrió una puerta para pasar al campo de otro propietario, y me encontré en el Odeon, y en el teatro griego, bastante bien conservado. Algun genio melódico había sin duda permanecido en aquel lugar consagrado á la armonía, porque oí silbar allí un mirlo el 12 de diciembre, mientras una caterva de niños, ocupados en recoger aceitunas, hacían resonar con sus cantos los mismos ecos que acaso habían repetido los versos de Sófocles y la música de Timoteo.

Allí terminó mi excursión, mucho mas larga de lo que suele hacerse: obsequio de que soy deudor á un príncipe viajero. Mas allá se encuentra el gran pórtico, de que queda muy poco; algo mas lejos se ven los restos de algunos edificios desconocidos; y por último, los *Colle di San Estephano*, donde termina la quinta, sostienen las ruinas del Pritaneo.

Desde el Hipódromo hasta el Pritaneo, la quinta Adriana ocupaba los lugares conocidos hoy con los nombres de *Roca-Bruna*, *Palazza*, *Aqua-Fera* y los *Colle di San Stephano*.

Fue Adriano un príncipe notable, mas no uno de los grandes emperadores romanos; no obstante, es uno de los que mas recuerdos despiertan en nuestros días. En todas partes dejó restos de su reinado. Una muralla célebre en la Gran Bretaña, tal vez el circo de Nimes y el puente del Gard en las Galias, algunos templos en Egipto, algunos acueductos en Troyes, una nueva ciudad en Jerusalén y en Atenas, un puente en uso actual y otros muchos monumentos en

Roma, patentizan el gusto, la actividad y el poder de Adriano, que además era poeta, pintor y arquitecto. Su siglo fue el restaurador de las artes.

El destino del *Mole Adriani*, es en verdad harto singular: los adornos de este sepulcro sirvieron de armas contra los godos; pero aunque la civilización arrojó columnas y estatuas á la cabeza de hierro de la barbarie, no evitó que esta entrase en Roma. El mausoleo se transformó, andando el tiempo, en fortaleza papal, y también en cárcel, lo que no desmiente su primitivo destino. Los fastuosos edificios levantados sobre las cenizas del hombre, no ensanchan las proporciones del ataud: los muertos se asemejan en su sepulcro á la estatua sentada en un templo muy reducido de Adriano: si intentasen levantarse, romperían su frente en la bóveda.

Cuando Adriano subió al trono, dijo en alta voz á uno de sus enemigos: «¡Estás en salvo!» Magnánimas son estas palabras. Pero como es más fácil perdonar á la política que al genio, el envidioso Adriano dijo en su interior, al ver las obras maestras de Apolo: «¡Está perdido!» y el artista pereció.

No me alejé de aquellos famosos lugares sin llenar mis bolsillos de fragmentos de pórfido, de alabastro, de estuco pintado y de mosaicos; pero luego los arrojé.

Estas ruinas no existen ya para mí, pues es probable que no tornaré á recorrerlas. A cada paso dejamos de existir para un tiempo, para una cosa, para una persona que no hemos de volver á ver, pues la vida es una muerte sucesiva. Muchos viajeros, anteriores á mí, escribieron sus nombres en los rotos mármoles de la quinta Adriana, prometiéndose prolongar su existencia estampando en unos lugares célebres el sello de su paso: ¡cuánto se han equivocado! Mientras me esforzaba en leer uno de aquellos nombres, recién escritos con lápiz, y que creía reconocer, un ave emprendió su vuelo desde una enramada de yedra, y sacudiendo algunas gotas de la pasada lluvia, borró el orgulloso nombre.

Mañana visitaré la quinta de Este.

EL VATICANO.

He visitado el Vaticano á la una. El día era hermoso, brillante el sol, y la temperatura en extremo benigna.

¿Qué he visto? Solitarias y espaciosas escaleras, ó por mejor decir, rampas que pueden subirse á caballo; solitarias galerías adornadas de las obras maestras del genio, por donde los antiguos pasaban con todas sus pompas; solitarios salones, celebrados ó estudiados por tantos grandes artistas, admirados por tantos ilustres varones: el Taso, Ariosto, Montaigne, Milton, Montesquieu, reyes y reinas, poderosos ó caídos, y todos los peregrinos de todas las partes del mundo.

Pinturas: Dios desenmarañando el Caos.

El ángel que seguía á Loth y su mujer.

Una hermosa vista de Frascati, tomada desde una altura de Roma, en un ángulo de la galería.

En la entrada de las habitaciones: una batalla de Constantino, en la que se anegan el tirano y su caballo.

San Leon deteniendo á Atila. ¿Por qué dió Rafael un aire altivo y no religioso al grupo cristiano? Para expresar el sentimiento de la asistencia divina.

El Santísimo Sacramento, primera obra de Rafael: es un cuadro frío, sin piedad, pero su disposición y sus figuras son admirables.

Apolo, las Musas y los poetas. El carácter de estos está bien expresado.

Heliodoro expulsado del templo.—Un ángel digno

de atención, y una figura de mujer celestial, imitada por Girodet en su Osian.

El incendio del barrio.—La mujer que lleva un vaso: copiado sin cesar. Contraste del hombre ahorcado y de otro que intenta alcanzar un niño: el arte se deja ver demasiado. La mujer y el niño han sido pintados mil veces, y siempre con maestría, por Rafael.

La escuela de Atenas.—Efecto de las tres luces, citado en todas partes.

Biblioteca. Su puerta es de hierro, y está erizada de puntas: ¡tal es la puerta de la ciencia! Por armas de un papa, tres abejas: símbolo ingenioso.

Un magnífico bajel y unos libros sellados. Si se franquease su lectura, pudiera escribirse aquí toda la historia moderna.

Museo cristiano. Instrumentos de martirio: garfios de hierro para desgarrar las carnes, rascadores para arrancarlas, martinetes de hierro y tenazas: ¡hermosas antigüedades cristianas! ¿Cómo se padecía en otro tiempo? Como hoy, pues así lo atestiguan estos instrumentos. En punto á doleres, la especie humana permanece estacionaria.

Diferentes lámparas encontradas en las catacumbas. El Cristianismo empezó en un sepulcro; de la lámpara de la muerte brotó la luz que ha iluminado el mundo.

—Antiguos cálices, cruces, y cucharillas para administrar la Comunión.—Algunos cuadros traídos de Grecia, para salvarlos del encono de los Iconoclastas.

Antigua imagen de Jesucristo, copiada despues para los pintores, y cuya fecha no puede ser anterior al siglo viii. ¿Era Jesucristo el mas hermoso de los hombres, ó era feo? Los Padres griegos y los latinos abrigaban diferente opinion; mas yo me inclino á creer que era hermoso.

Donativo hecho á la Iglesia en papiro: el mundo vuelve á empezar aquí.

Museo antiguo. Una cabellera de mujer hallada en un sepulcro. ¿Era la de la madre de los Gracos, ó la de Delia, Cintia, Lálage ó Licinia, de la cual, Meceñas, si hemos de dar crédito á Horacio, no hubiera cambiado un solo cabello por toda la opulencia de un rey de Frigia?

Aut pinguis Phrygiæ Mygdonias opes
Permutare velis crine Lyciniæ?

Si hay algo que envuelva la idea de la fragilidad son los cabellos de una jóven, que fueron tal vez objeto de la idolatría de la mas versátil pasión, y no obstante han sobrevivido al imperio romanc. La muerte, que rompe todas las cadenas, no ha podido romper el leve tejido de un cabello.

Una hermosa columna de alabastro.—Un sudario de amianto sacado de un sarcófago; la muerte no ha dejado de devorar su presa en este sudario.—Un vaso etrusco. ¿Quién ha bebido en esta copa? Un muerto. Todo, en este museo, es tesoro del sepulcro, bien haya servido á los ritos fúnebres, bien haya pertenecido á las funciones de la vida.

EL MUSEO CAPITOLINO.

2 de diciembre de 1803.

La Columna Miliaria. En el patio se ven los pies y la cabeza de un coloso.

En el Senado: algunos nombres de modernos senadores. Una loba herida por el rayo; ánades del Capitolio.

Antiguas medidas de trigo, de aceite y vino, en forma de altar, con cabezas de leon.

Varias pinturas que representan los principales acontecimientos de la república romana.

Una estatua de Virgilio: su aspecto es rústico y melancólico; su frente grave, sus ojos inspirados, y las arrugas circulares que parten de las ventanas de la nariz, terminan en la barba, comprendiendo las mejillas.

Ciceron: brillan en su rostro cierta regularidad y expresión de ligereza, menos fuerza de carácter que de filosofía, y tanto talento como elocuencia.

El Alcibiades no ha excitado mi atención por su hermosura, pues tiene cierto aire de necedad y estolidez.

Un jóven Mitridates que se parece á un Alejandro. Fastos consulares, antiguos y modernos.

Un sarcófago de Alejandro Severo y su madre.

Un bajo-relieve de Júpiter, niño aun, en la isla de Creta. Es una obra admirable.

Una columna de alabastro oriental; la mas hermosa que se conoce.

Un plano antiguo de Roma sobre mármol, que revela la perpetuidad de la Ciudad eterna.

Bustos: el de Aristóteles: adviértese en él un sello de inteligencia y fuerza.

El de Caracalla; sus ojos contraídos; nariz y boca puntiagudos; aire feroz y como de locura.

El de Domiciano: labios apretados.

El de Neron: semblante redondo y ojos hundidos, de manera que la frente y la barba son prominentes; aspecto de un esclavo griego disoluto.

Los de Agripina y Germanico: el rostro de este es largo y enjuto; el de aquella, grave.

El de Juliano: frente pequeña y estrecha.

El de Marco Aurelio: frente espaciosa, y ademan de mirar al cielo.

El de Vitelio: nariz gruesa; labios delgados; mejillas abultadas; ojos pequeños y cabeza un tanto deprimida.

El de César: rostro delgado; todas las arrugas profundas; aire de privilegiada inteligencia; frente prominente entre los ojos, como si la piel estuviese agrupada y cortada por una arruga perpendicular; cejas bajas y casi en contacto con los ojos; boca grande y muy expresiva; créese que va á hablar, y casi sonríe; nariz saliente, pero no tan aguileña como se le pinta ordinariamente; mejillas aplastadas como las de Bonaparte; casi no tiene occipucio; barba redonda y doble; ventanas de la nariz un poco cerradas; aire de imaginación y genio.

Un bajo-relieve, que representa á Endimion que duerme sentado en un peñasco; cabeza inclinada sobre el pecho, y un poco sobre el asta de su lanza, que descansa en su hombro izquierdo; la mano de este lado, indolentemente tendida sobre la lanza, sostiene apenas la correa de un perro, que sentado sobre sus patas traseras, extiende su vista mas allá del peñasco (1). Este es uno de los mas hermosos relieves conocidos.

Desde las ventanas del Capitolio se descubren el Foro, los templos de la Fortuna y la Concordia, las dos columnas de Júpiter Estator, los Rostros, el templo de Faustino, el del Sol, el de la Paz, las ruinas del palacio dorado de Neron, las del Coliseo, los arcos de triunfo de Tito, de Séptimo Severo y de Constantino; vasto cementerio, en que están escritas las fechas de la muerte de los siglos, en sus respectivos monumentos fúnebres!

LA GALERIA DORIA.

Un gran paisaje; diferentes vistas de Nápoles, y la fachada de un templo ruinoso en un campo: de Gaspar Pusin.

(1) Tal es la actitud en que pintó á Eudoro en los *Mártires*.

La cascada de Tívoli y el templo de la Sibila.

Un paisaje de Claudio de Lorena y una fuga á Egipto, del mismo: la Virgen, detenida á la entrada de un bosque, tiene al Niño en sus rodillas; un ángel presenta viandas al Niño, y San José quita la albarda al jumentillo; descúbrense en último término un puente por el cual pasan algunos camellos y sus guías, y un horizonte en que apenas se diseñan los edificios de una gran ciudad; la calma y la luz de este cuadro son admirables.

Otros dos pequeños paisajes de Claudio de Lorena, uno de los cuales representa una especie de matrimonio patriarcal en un bosque; es acaso la obra mas acabada de este gran pintor.

Una fuga á Egipto, de Nicolás Pusin: la Virgen y el Niño, montando un asno guiado por un ángel, bajan de una colina á un bosque, y San José sigue la humilde cabalgadura; el movimiento del viento está indicado en las ropas y los árboles.

Muchos paisajes del Dominiquino: los coloridos son vivos y brillantes, y los asuntos risueños; pero en lo general su tono es duro, y su luz poco vaporosa, poco ideal. Cosa extraña es que los ojos franceses sean los que mejor han visto la luz de Italia.

Un paisaje de Anibal Carraccio: está lleno de verdad, pero carece de elevación de estilo.

Diana y Endimion, de Rubens: la idea es feliz. Endimion duerme casi en la misma actitud del bajo-relieve del Capitolio, mientras Diana, suspensa en los aires, apoya ligeramente una mano en un hombro del cazador, para darle un beso sin interrumpir su sueño; la mano de la diosa de la noche es de la blancura de la luna, y su cabeza se distingue poco del azul del firmamento. El conjunto está dibujado con suma corrección; pero cuando Rubens dibuja bien, pinta mal; este gran colorista perdía su paleta cuando encontraba su lápiz.

Dos cabezas, por Rafael; los cuatro Avaros, por Alberto Durier; el Tiempo arrancando las plumas de las alas del Amor; es del Ticiano ó del Albano: la alegoría es feliz, pero la ejecución es fría y amanerada, si bien las carnes tienen todo el colorido de la vida.

Unas bodas aldobrandinas, copia de Nicolás Pusin; véñese en ellas diez figuras, que forman en un mismo término dos grupos de tres y otro de cuatro figuras. El fondo representa una especie de biombo de color oscuro hasta la altura del pecho; los ademanes y el dibujo participan de la sencillez de la escultura; parece un bajo-relieve. En este cuadro no hay riqueza de fondo, ni detalles, ni ropas, ni muebles, ni árboles, ni accesorio alguno; sólo figuran en él los personajes, naturalmente agrupados.

PASEO POR ROMA AL RESPLANDOR

DE LA LUNA.

24 de diciembre de 1803.

Los campanarios y los edificios lejanos parecen desde lo alto de la Trinidad del Monte los bosquejos borrados de un pintor, ó unas costas desiguales vistas desde el mar á bordo de un bajel.

Sombra del Obelisco: ¿cuántos hombres han visto tu sombra en Egipto y Roma?

La Trinidad del Monte está desierta; un perro ladra en este retiro francés, y se divisa una luz en el piso mas alto de la quinta de Médicis.

Los edificios del Estadio se muestran blancos y en calma, y sus sombras transversales se destacan con fuerza. En la plaza de la Columna, la de Antonino se muestra medio iluminada.